El Dios que Cayó del Cielo

Oscar A. Ceceña

Capítulo 1

Oscar A. Ceceña

El Dios que Cayó del Cielo

“La divinidad está en ti, no en conceptos o en libros.” Hermann Hesse (1877-1962) Escritor suizo, de origen alemán.

Se dice que hace muchísimo tiempo, antes de la creación misma de cualquier ser vivo; incluso antes de que la primera estrella regalara su brillo al firmamento o que las montañas se empezaran a alzar hacia los cielos, existió un gran caos primigenio del cual nacieron dos residencias divinas, incontables dioses inmortales para habitarlas y una tierra vacía para llenar el espacio sobrante. Cada una de estas moradas reinaba el cielo en tiempos separados. En el instante en la que una se perdía por el oeste, otra surgía por el este. Razón por la cual los habitantes de ambas ciudades celestes no conocían la existencia los unos de los otros.

Por muchas eras estos seres eternos vivieron y gobernaron. Sólo sometidos a sus propios caprichos y deseos.

Así fue hasta que un día, ya sea por simple y llana casualidad o por las maquinaciones del destino, todo cambió: Por alguna razón la ciudad que gobernaba el mundo nocturno perdió su rumbo y, fuera de tiempo, terminó pasando por la bóveda celeste. Éste raro incidente originó que una eclipsara a la otra y que por un breve momento los pobladores de ambos astros se miraran cara a cara. No necesitaron de un exhaustivo análisis para figurar lo diferentes que eran entre sí.

Los originarios de la mayor urbe eran mucho más avariciosos, orgullosos y engalanados. Empleaban innumerables ciencias y técnicas que utilizaban para aumentar a su metrópoli su brillantez, notoriedad y majestuosidad. A pesar de que no conocían ninguna otra ciudad, consideraban que nunca existiría otra más hermosa. Cuando ésta regía el firmamento; debido al oro, a los diamantes y a otras diversas piedras preciosas que usaban para ornamentar; su enorme resplandor bañaba la tierra desnuda.

Los que vivían en la otra eran más humildes. Su hogar era muchísimo más pequeño y pobre que la de sus brillantes congéneres. No practicaban muchas disciplinas científicas ni eran unos admirables ingenieros. En su lugar, pasaban su vida inventando historias, redactando poemas, cantando y bailando diferentes melodías, esculpiendo diversos monolitos o pintando a base de múltiples elementos; no para presumir ni para emperifollar la riqueza de su prosapia, ni magnificar su ego o embellecer

su aldea, sino por mera complacencia al arte y a ellos mismos.

Fue entonces, en esa convergencia de residencias divinas, que, quizá por fruto de la intrínseca curiosidad que tanto hombres y dioses comparten, se celebró una fiesta. Las orgullosas deidades de la ciudad más grande, no pudiendo malgastar la oportunidad de por fin verse capaces de presumir sus talentos, fueron las primeras en invitar a las otras a un desmedido banquete. Se sacaron de la manga grandes y variopintos métodos para deslumbrar a sus comensales: organizaron Innumerables francachelas donde sirvieron una gran diversidad de manjares nunca vistos por sus invitados, crearon enormes eventos donde todos podrían competir en una amplia variedad de áreas, les mostraron todos los rincones de su hermosa metrópoli, dejaron que se asombraran con sus avanzadas técnicas y les presumieron su moda, costumbres y vestimenta.

Durante estos festejos y agasajos, un afable escultor se encontraba vagabundeando, comiendo y tomando entre la muchedumbre. De vez en cuando hacia gala de su talento tallando monumentos e innumerables cosas para sus anfitriones: De puños de tierra y barro fabricaba seres de diversas formas que hacia bailotear entre los grupos de interesados, de fragmentos de cristal creaba hermosas esculturas y a partir de metales preciosos labraba creativos decorados. En un momento dado, cuando el cincel de este escultor estaba por parir una nueva obra, la vio. El amor se le presentó en la original forma de una curiosa dama apoyada en el barandal de un balcón. Él la vio desde la ventana. No entendiendo porque estaba tan sola en medio de tanto jolgorio, fue a su lado para cuestionarla.

☐¿Porqué tan sola mi querida dama? ☐preguntóel inquisitivo escultor.

☐Únicamenteadmiraba el sobrio llano ☐respondiósecamente esta joven mujer.

El Artista se apoyó entonces en la lujosa balaustrada y miró hacia abajo.

Nunca, en toda la extensión de su eterno e infinito tiempo de existencia, había manifestado una curiosidad verdadera por aquel mundo estéril, solitario y carente de toda clase de vida.

☐Nohay mucho que apreciar mi zagal anfitriona. Si bien es verdad que nadie se ha aventurado a esas amplias tierras mondas, puedo comentar, y sin temor alguno a errar, que no hay nada que exista allá abajo lo suficiente atractivo para contemplar.

☐Esomismo es lo que todos en algún momento me han recitado.

☐Laverdad es la verdad, mi señora -le contestó el escultor. ☐Perdóneme si diverjo en su lucubre opinión, mi misterioso acompañante, pero me

gusta más la verdad cuando soy yo quien la descubre que cuando es otro quien me la muestra.

Y así continuaron discutiendo sobre esa temática y de otras más cuestiones. En un instante dado, nuestro escultor recientemente enamorado, decidió invitar a su sagaz y filosofa acompañante a que opinara sobre su más reciente obra de arte. Ésta era una gran escultura que habría ultimado desde hace tiempo si la bella silueta de esta mujer no lo hubiera distraído de su artístico deber. Se trataba de un enorme monolito erigido en medio de un gran salón de fiestas. Éste aparentaba, en una representación abstracta, el reciente encuentro de sus dos ciudades.

En un intento para impresionar al fruto de su deseo, se dedicó a explicar cada detalle de su creación, pues cada curva, cada concavidad y cada recoveco tenía una explicación. Le mostró, además, algunos de sus otros trabajos: Los numerosos menhir cincelados, que agrupó en complicados círculos entrelazados en cierto lugar; sus curiosos dólmenes, que elaboró para la familia de un amable espectador que le ofreció su ayuda para perfeccionar su cincel; o la enorme representación en cristal tallado de la metrópoli de sus anfitriones.

En algún momento, mientras nuestro autor de obras se dedicaba a hablar sobre todas estas esculturas, o mientras se perdía también en las pequeñas sonrisas espontáneas que muy discretamente su bella dama le arrojaba de vez en cuando, fruto de un chascarrillo suyo, que alredor de él ocurrieron terribles cosas que se le pasaron por alto.

No se dio cuenta, por ejemplo, de que cada vez había menor cantidad conocidos, de que en cada esquina alguien le convidaba insistentemente a tomar alguna clase bebida, o de los falsos gestos de amabilidad y cortesía que le lanzaban a lo lejos. No se percató de que poco a poco sus pasos eran más vacilantes, de que su visión era más imprecisa a cada minuto o de que su mente se adentraba paso a paso a un peligroso y profundo estupor.

A partir de aquí no sabría decir si lo que le paso fue un golpe de suerte o una fría y burlesca abofeteada del destino, pues si le dieran a elegir, a usted mi atento lector, estaría tentado a arrojarse sin reticencia a la gélida caricia de la muerte.

El fortuito suceso del que hablo aconteció en unos frondosos jardines. Fue cuando nuestro escultor se encontraba atrapado por el embriagador toque del amor y por el dulce aroma de su querida dama. En medio del deseo, alcanzo a escuchar un grito. No supo contestarse exactamente por qué pudo percatarse de ello, tal vez tuvo algo que ver con que se encontraban perdidos en una gran floresta, aparentemente desierta, donde no había nadie que abasteciera a su mano de alimento ni bebida alguna. Lo

importante aquí fue que; en medio de caricias y besos, muy a lo lejano, casi como un susurro; percibió un alarido de terror.

Este eco de aparente pánico lo tomó con fuerza y lo sacó repentinamente de su sopor, ocasionando que abriera los ojos. El cansancio le pegó un duro golpe cuando se enderezó, como si lo hubiera estado esperando a unos metros en la esquina más cercana, pero un fuerte dolor y mareo repentino le obligó a acostarse de nuevo. La cara de su amada pareció girar en torno a él cuando ésta lo miró desde arriba suyo.

☐¿Teencuentras bien, mi escultor? ☐preguntóella con el semblante preocupado.

☐¿Cómoes que he llegado aquí? ☐dijo,tapándose con su antebrazo.

La pregunta pareció cambiar el dulce e intranquilo semblante de su amada; una mueca de sorpresa y susto la sustituyó.

Intentó levantarse otra vez, pero un fuerte brazo en el pecho le impidió hacerlo.

☐Descansa,te traeré un poco de agua ☐.Y sin esperar contestación corrió hacia un estanque cercano. Él permaneció acostado unos minutos, con los ojos cerrados.

Es menester resaltar que el dolor era algo extraño para nuestro celeste protagonista; pues siempre había pasado los días envuelto en la más ecuánime perfección, rodeado de placeres y ensueños cumplidos, por lo que el desconcierto era como una fuerte atadura que ceñía y limitaba sus acciones. Aun así, el reciente suplicio duro poco, ya que a cada dura respiración le seguía una mente cada vez más diáfana y ágil. Todas las percepciones; sonidos, colores, olores y tactos; que había perdido muy paulatinamente con el paso de las horas, regresaban de improvisto y se aglutinaban en las puertas de su discernimiento trepando una tras otra.

Al grito que escuchó al principio le siguió un coro de lamentos. Uno tras otro, como si un aroma, que se originara a lo lejos, le fuera llegando sutilmente, transportado por una corriente de aire.

Cuando se puso de pie nuevamente, su amada ya había llegado con un cuenco lleno de agua dulce.

☐Toma,te calmará ☐dijosu dulce dama al apoyarle el vaso en los labios.

☐¿Quéestá pasando? ¿Escuchas eso? ☐lainterrogó, apartándola con un gesto y negándose a beber del pulcro utensilio de barro.

□Tranquilo,todo estará bien mi pequeño □fuesu única respuesta□.Te sentirás mejor después de esto □insistióella al tratar de ayudarlo a beber. Le tomó de la nuca firmemente, le puso el recipiente a unos centímetros de su boca y lo invitó a tomar de el. Un poco reticente, él dejo que el líquido se vertiera en su garganta. De forma instantánea los gritos pasaron a ser casi inaudibles.

□Tedije que te sentirías mejor □ledijo al oído con tono alegre y cantarín dándole un beso en la mejilla, acariciándole un mechón de su cabello y pasándole su mano por el rostro. Él sintió como esos delicados dedos le rozaban su barbilla, subían unos centímetros y le recorrían la curvatura de sus labios. Su tierna mirada lo veía directamente a los ojos. Él no pudo evitar pasar a contemplar su largo y ondulado pelo. No resistió la tentación de ver de reojo la prohibida silueta de su escote. Ella lo notó y, delicadamente, le beso. Se dejo perder en el dulce gesto y posó las manos en su cintura, atrayéndola hacia sí. Pudo oler la sutil fragancia de su perfume. Casi sintió el lento palpitar de su corazón en el pecho; pero algo se avecinaba, lo sintió como un frío presagio, como la premonición de tormenta después de la dulce quietud o como el inminente y duro despertar luego de una larga noche.

A tiempo estuvo de percatarse de lo que, de forma segura, le hubiera ocasionado una grave herida. De la mano de su amada resplandecía un fino estilete de un brilloso plateado, escondido seguramente en alguna parte de su vestido. Con una mano detuvo el trayecto de la hoja hacia su costado, y con la otra, haciendo uso de su peso, la empujó lo más fuerte que pudo hacia atrás. Ella se tambaleó un poco, pero logró mantenerse en pie. Casi en seguida, con un ágil y rápido movimiento, le rasgó todo el largo del rostro con su puñal, formándole un amplio corte diagonal desde la base del cuello hasta la altura de la ceja izquierda. Él se llevó sus manos a la cara y cayó de forma tambaleante al frío suelo de flores, donde la oscuridad pasó a formar parte de él.

Capítulo 2

En el segundo en el que recobró la conciencia, unos iris centellantes lo miraron con intriga desde el otro lado de la espesa tiniebla; el horror explotó en su herido rostro.

–Que el pánico no te ciegue amigo mío ¿O acaso los recientes hechos te han evaporado lo poco que siempre has tenido de sesos? –susurró una voz femenina al prender una lámpara.

Se encontraban en lo que a simple vista podría parecer una bizarra y pequeña recámara de una vieja cabaña. No había ninguna clase de enseres domésticos ni adornos en las paredes, únicamente un opaco resplandor proveniente de un curioso candil, el cual, posado en un pequeño tocón que servia de mesa, brillaba en el centro del cuarto. Tardó unos segundos en darse cuenta de que en realidad las paredes eran las raíces de un árbol gigantesco; éstas se agrupaban y entrelazaban entre sí de tal manera que daban la forma de una especie de un vetusto bohío. A su lado, muy cerca de él, se encontraba una diminuta abertura entre las raíces de apenas un metro de largo y medio de ancho. Pasó la mirada por aquella hendidura, parecía dar a un oscuro e inclinado túnel que ascendía hasta perderse.

Cuando finalmente la luz baño de forma directa las facciones de la mujer, un halo de entendimiento cruzó su mente. Su nombre era Talía, se divirtió con ella muchas veces en el pasado. A su lado siempre tenias la indiscutible certeza de dos cosas: Sin lugar a dudas te iba a meter en problemas e irremediablemente morirías de la risa por ello, pues sus ocurrencias sacaban el lado más alegre de hasta del más mohíno misántropo. Era una rareza entre las demás; no tan refinada ni recatada al hablar como la gran mayoría. Siempre fue muy astuta, jovial y traviesa, poseedora, además, del lenguaje más versado en cuanto a vulgaridades y zafiedades se refería. Verla en ese estado tan triste le partía el corazón, le hacia darse cuenta de la seriedad de la situación y le provocaba un profundo miedo helado; si Talía perdió el denuedo que siempre la había caracterizado, significaba que algo sumamente horrible había pasado.

–Te reconozco… ¡Talía! –gritó.

–Cállate, Lebhen –le espetó ésta sin ningún tacto, corriendo a taparle la boca–. Que incluso escondidos aquí nos pueden llegar a oír. Enmudece un poco tus palabras si no quieres que tú y yo terminaremos como el resto –y, retirando las manos de su rostro, agregó–. Deberías de estar limpiándome el culo del agradecimiento por haberte salvado de esa furcia barata que morías por cogerte.

–¿Qué pasó? –musitó, incapaz de seguirle el juego.

El dolor inundó en seguida su semblante, suspiró con inmenso cansancio y empezó a hablar.

Le contó de como todo fue una farsa milimétricamente planeada por sus convidantes. Un vil engaño, una aberrante e infecta infamia. Las personas que habitan este lugar parecen agradables, le dijo, hospitalarias y serviciales, siempre con una sonrisa en el rostro. Su exterior está colmado de mil regalos y favores; pero su centro es pútrido, frío y repugnante, corrompido por la avaricia y la envidia.

Las creativas obras de ingenio que apreciaron de aquellos curiosos extranjeros, en el instante justo en el que los encontraron, les despertaron una tirria intensa y un anhelo enorme por poseer aquellas nuevas y desconocidas formas de arte. Por lo que sirviéndose de su aparente inocencia, idearon, fruto de una fría inteligencia, una manera de arrebatarles todo a sus nuevos y exóticos compañeros.

Las celebraciones y festejos tenían la intención de parecer inofensivas, acogedoras y divertidas. Todo para consentir y encantar a sus ingenuos comensales a un punto tal que les resultara inconcebible ver las verdaderas razones de la repentina invitación. Haciendo gala de su elocuente talento para hablar, para deleitar y conmover, para persuadir y seducir, les hicieron creer que estaban a salvo, que todo no tenia otro objetivo que no fuera el entretenimiento e intercambio de conocimiento.

–Pero absolutamente todo lo que nos dieron a probar estaba contaminado… dañado, emponzoñado… –declaró–. Sea lo que haya sido, nos lo inocularon a través de los alimentos. Tú mismo lo sentiste en tu propia carne, aunque no en su totalidad.

–¿Qué quieres decir?

–Comienza muy sutilmente con la perdida de la inhibición; sin notarlo vas dejando la lucidez cada vez más de lado. Te adentras a un estado de paz, de felicidad y plenitud. Te sientes a gusto, falsamente seguro y libre.

–Lo sé –dijo Lebhen.

–Lo que no presenciaste fue lo que seguía a continuación –continuó ésta, como si no le hubiera oído–. No sabría como explicártelo, fue como tener horribles pesadillas. Las sombras te observaban en cada esquina, toman la forma de lo que más te aterra. Se divierten contigo, con tu miedo, con tu terror. Corres para escapar, pero siempre te alcanzan. Y justo en el momento en el que se cansan de ti, empiezan a desgarrarte por dentro…

–el rostro de Talía palideció.

–¿Cómo sobreviviste? –le preguntó, luego de unos minutos.

Talía lo miró a través de la luz oscilante durante un momento. A continuación, metió la mano a su bolsillo, sacó alguna clase de flor marchita y se la mostró ayudándose de la lámpara.

–En la floresta en la que te encontré crece esta planta por doquier –le dijo, sosteniéndola entre los dedos–. Después de mucho correr, las pesadillas me alcanzaron ahí y empezaron a destrozarme. Vomitando sangre, me desmayé y caí en una zona repleta de estos capullos. Debí morir, estoy segura, pero en cambio sigo aquí, respirando –exhaló un poco–. Cuando recobré el conocimiento, me encontraba sola entre una pila de cadáveres. Al parecer alguien, muy probablemente pensando que estaba muerta, me arrastro hasta allí.

–Entonces ¿Por qué entre todos los demás tú sigues viva? –inquirió seriamente nuestro artista.

–Podría hacerte la misma pregunta.

–Tú me salvaste, ¿No?- dijo, acompañado de un gesto de extrañeza.

–Independientemente de que detuve a la puta que estaba por rajarte el cuello, no me explico como la ponzoña abandonó nuestros cuerpos; en el instante en el que comimos un bocado, nuestros destinos ya estaban sellados.

–Pero… –balbuceó él, queriendo objetar.

–La única razón que se me ocurre es que esto –le interrumpió, volviendo a señar la flor–, nos a librado de nuestro inminente óbito.

–Lo que planteas podría explicar porque la clarividencia volvió a encontrarme en ese jardín. Ahí fue donde comencé a recobrar el sentido, donde tú me salvaste.

–Y ahí fue donde yo no morí- agregó, asintiendo con la cabeza.

Escondidos en esa clase de cavidad subterránea, él y ella continuaron hablando hasta que ninguno de los dos fue capaz de aportar nada más acerca de sus recientes vivencias. Evidentemente, tarde o temprano, llegaron a la conclusión de que muy probablemente algunos de los suyos pudieron haberse salvado de la demencial celebración; pero ¿Por qué? Si el aroma de la flor en verdad representaba el aparentemente único amparo hacia aquella muerte inoculada ¿Cuál fue la razón de que cometieran el grave error de permitir que algunos terminaran ahí, donde

ese tipo de planta prolifera? No lo podían saber con certeza, únicamente especular. Se les ocurrió que tal vez incluso sus mismos atacantes eran ignorantes de aquel salvoconducto que les había concedido la supervivencia, o quizá, simple y llanamente, ambos presentaban alguna rara resistencia hacia esa especie de tósigo. Sea como haya sido, esta vez la suerte los beneficio.

Hay que decir que este infortunio, que en esta ocasión castigó duramente a los dioses, es mitigado por los muchísimos dones que poseen, pues son de gran ayuda al contrarrestar estos azarosos azotes del destino. El más resaltable, y uno de los que define su carácter de deidad, es su naturaleza perfecta: Comen y beben por placer, ya que no sienten hambre ni sed; ni el alimento, ni el sueño, ni el cansancio los limitan, sus cuerpos son inmunes a tales futilazas; además, su divina sangre les regala inmortalidad y enormes talentos, pues el tiempo no hace mella en su eterna y lozanía juventud. Sin embargo, sí son susceptibles a los males que pueden provocar los de su misma especie. Pueden llegar a sufrir enormemente, e inclusive morir, siempre y cuando el arma que los dañe sea portada, o haya sido fabricada, por un igual; es decir, por un dios. Las lesiones que podrían llegar a recibir de la mano de uno de sus congéneres se curarán como si de un simple mortal se tratase.

Habiendo descubierto esto, muy para su desgracia, nuestros dos sobrevivientes pasaron muchas jornadas escondidos. Hablando entre sí, siempre a voz baja, se consolaban mutuamente. Los días y las noches siguientes los dedicaron a sucumbir al delicado y tentador cantar de la apatía. Temerosos, no se atrevían a salir, por lo que pasaban el tiempo tratando de hacer a su nueva prisión lo más acogedora posible: Nuestro artista hizo acopio de sus habilidades para excavar, lenta y silenciosamente, en el suelo de roca; con sus manos fue capaz de moldear muchas habitaciones subterráneas. Talía, al haber sido siempre más hábil en escribir comedias y dramas, se dedicó a aprender de él, asistirlo en la medida de lo posible y, haciendo uso de su personalidad y habilidad con el encanto, ayudarlo a olvidar lo que les había sucedido.

En algún momento ella misma superó a su maestro. Erigió sus propias habitaciones, además de muchísimas otras. Las decoró con diversas figuras de roca y variedad de grabados. Trabajó en una buena parte de su pequeño pueblo de catacumba, elaborando hermosas farolas y preciosos quioscos para decorar el centro de la aldea. Adornó las calles con múltiples pinturas y edificó varios teatros y coliseos.

Uno de éstos, no el más grande de todos pero sí el más esplendido, fue un curioso teatro sin techo construido cerca de una ladera subterránea: El koilon tenia forma semicircular y contaba con numerosas gradas talladas en el mismo peñasco; hasta lo bajo, una amplia orchestra robaba un suspiro en la base misma de la ladera; y, muy cerca de ella, un ornamentado skené, elevado con algunas enormes columnatas, evocaba

imágenes maravillosas. Todos los detalles eran inigualables, la acústica sensacional y la escenografilla envidiable.

Sí, sin lugar a dudas la ciudad que habían creado hombro a hombro era curiosa y espectacular en partes iguales, pero también enormemente triste y apagada: Las casas estaban vacías, sin nadie que las habitara; las calles sin vida, iluminadas exclusivamente con farolas, aportaban un sofocante aroma a tierra, humedad y soledad; las gélidas cuencas de las esculturas postradas por doquier, eran los ojos de los pobladores, y el sonido del eco que se escuchaba, su cantar.

Bien podrían haber creado alguna clase de vida en aquel oscuro lugar; sin embargo, el temor a ser escuchados era demasiado.

–No podremos permanecer por siempre en este sitio –dijo Talía un día, cuando los dos se encontraban haraganeando, recostados en algún funesto rincón.

–¿Por qué no? –preguntó él, acariciándole el pelo.

–Porque es frío y desierto, porque no hay nada aquí –contestó ella, cerrando sus ojos.

–Te tengo a ti –murmuró éste a su vez.

–Lebhen…

Con el tiempo la soledad había hecho mella en ellos dos. Los hizo aferrarse al otro, al único ser vivo. Por lo que no era muy raro encontrarlos en alguna que otra ocasión; acurrucados y acariciándose, obsequiándose el calor que las llamas no podían darles. Nunca hablaron de ello, siempre respetando alguna clase de etéreo acuerdo tácito auto impuesto.

Fue ahí, en ese lóbrego recodo, que Lebhen, ensimismado, reflexionó en como la ciudad era un monumento enorme al abandono de sí mismo, a la dejadez propia de un abúlico. Mas sin embargo se sentía a salvo, pues ésta les ofrecía un refugio seguro, una clase de hogar, un lugar en el que podían ignorar lo que les ocurrió, una especie de protección a los inminentes peligros que moraban, amenazantes, allá afuera. Aunque el precio de alojamiento era caro: Debían de dar a cambio el anhelo y las ganas de vivir; y al final del mes, quedarse sólo con una triste coraza vacía, con un hueco que ni la maravilla más gloriosa ni el portento más feliz y soñado, podría jamás llenar.

–Aun así, no quiero irme –le dijo él a la oscuridad.

–Ni yo verte marchar –le contestó.

Capítulo 3

No hubo forma de saber la cantidad exacta, pero Talía y Lebhen tenían razón: No fueron los únicos. A pesar de todo, la fatalidad supo llevarse a la gran mayoría. Pocos lograron perdurar más allá de algunos días y casi ninguno paso la semana siguiente. Eternamente cazados, continuamente acechados. No importaba donde se escondieran, el enemigo hallaba siempre la forma de encontrarlos. Cada destreza que ellos mostraron para eludir su aciaga ventura, fue descubierta y frustrada. Era como si el hostil poseyera el indescifrable conocimiento del porvenir, como si fueran capases de augurar todos sus movimientos. Sabían donde y de que forma atacar, de que manera su presa se esforzaba por disimular su presencia.

En realidad, no era que pudieran descifrar el pensamiento o que mucho menos tuvieran en sus manos la capacidad de predecir el futuro, sino que poseían una inusual manera de localizar la posición de todos esos pobres infelices.

Cuando un dios hace gala de su dominio para manipular la metería o la realidad, desencadena una perturbación en ella que puede usarse para ser rastrada. Es parecido, proponiendo una clase de alegoría, a la onda que provoca una piedra al golpear un estanque: la roca choca y ocasiona un cambio en su superficie; es decir, una alteración en el agua que elimina por unos instantes el equilibrio del charco. Ellos descubrieron este fenómeno y, de esa manera, idearon la forma de servirse de el para seguir sus pasos; era imposible que los invitados supieran que el hacer uso de su poder para sobrevivir en esos momentos representaría una muerte segura.

Es aquí que la curiosidad, siempre indagante, sobresale en todo lo demás y desencadena la valida pregunta: ¿Cómo entonces, después de todo, nuestros protagonistas lograron pasar tan desapercibidos? La respuesta a esta pregunta comienza por aclarar que el árbol en el que se escondieron, bajo el cual posteriormente edificaron su fría y solitaria ciudad subterránea, no era, en el estricto sentido de la palabra, un árbol.

Con el objetivo de que el acérrimo lector pueda comprender la anterior declaración, hace falta auxiliarnos de una breve historia.

Ésta dice así:

Hace eones, en la misma ciudad celeste donde mucho tiempo después ocurrirían los acontecimientos que vengo narrando desde estas primeras paginas, vivieron tres deidades hermanas: La mayor era morena, de lacio pelo castaño; la del medio, de ondulados mechones rubios y piel clara; y, la última, la más pequeña, poseía una oscura tez y una cabellera negra equiparable con la noche. Eran, muy posiblemente, poseedoras de las

únicas almas nobles y bondadosas que existieron y que existirán jamás en este lugar repleto de tantos inmortales innobles y maliciosos.

Ellas nunca compartieron ese espíritu malsano ni esas ansias por acaparar cosas preciosas o brillantes. Simplemente amaban y apreciaban la naturaleza, esa parte olvidada de la que, al parecer, nadie más se daba cuenta, pues se encontraban demasiado absortos por elevar la belleza de sus alrededores como para caer en cuenta de esos pequeños detalles.

Más tarde que temprano, se hastiaron de tener que vivir en aquel ambiente tan opuesto a ellas mismas. Por lo que decidieron fingir su muerte y escapar a aquel lugar en el que siempre soñaron vivir. Tanto fue el tiempo que se dedicaron a apreciar la naturaleza y tanta fue su devoción hacia ella, que, con el paso de los años, terminaron por conectarse al bosque: De sus piernas emergieron raíces, que se enterraron en la dura tierra; de sus brazos salieron numerosas ramas, que se llenaron de hojas espesas; y de su piel nacieron múltiples escamas, que cambiaron hasta endurecerse y convertirse en dura madera. De ésta manera, terminaron por ser lo que más amaban.

A partir de ese entonces y hasta el fin de los días, se dieron a la tarea de cuidar y preservar la vegetación a su alrededor, haciendo acopio de sus gloriosos poderes innatos.

Es así que, cómo explique previamente y cómo hemos estado notando, los poderes que poseen estos dioses pueden llegar a cambiar notablemente la realidad y el entorno, a tal punto de crear vida o construir en muy poco tiempo cosas descomunales y maravillosas. Un ejemplo de ello son las diosas de nuestra pequeña historia, pues tal fue su apego hacia los árboles y plantas del bosque, que terminaron usando sus dones para convertirse uno más.

Así pues, aclarado esto, se puede explicar ahora de que manera Talía y Lebhen lograron pasar inadvertidos. La razón es muy sencilla: El árbol que les dio cobijo era en realidad las bondadosas doncellas de nuestra historia. Ellas representaban el corazón del mismo bosque; lo manipulaban constantemente para mantenerlo frondoso y protegido. Por consecuencia sus continuos milagros ayudaron a camuflar a los de nuestros protagonistas; sus atacantes los atribuyeron a la acción de las hermanas, no a ellos. Por esa razón, siempre y cuando se mantuvieran debajo o cerca de el, nunca serian descubiertos.

Pero como dije antes, éste escondite era ya más que una prisión de soledad que cualquier otra cosa. Fue por ello, aun sabiendo el peligro que representaba e ignorante del camuflaje que este les brindaba, que Talía salió a la superficie trepando por un túnel que terminaba cerca de las raíces del árbol. Aliviada del sofocante peso que antes le apresaba el alma, abrió los ojos y respiró profundamente el aire del bosque. El viento

en su cara era como una soplo de vitalidad que le devolvía el anhelo que antes había perdido. Curiosa, miró hacia lo alto. Se sorprendió y se fascinó tanto por lo que sus ojos observaban en el firmamento, que no pudo evitar soltar un improperio del asombro. Allá, por toda la bóveda celeste, presenció innumerables resplandores posados en la cúspide del cielo, éste antes vacío y repleto de negrura absoluta.

De toda la masacre solamente las almas de los invitados de aquella fiesta de pesadilla fueron las únicas que perduraron. Sus intangibles esencias se elevaron y pasaron a formar parte del vasto cosmos. En esa noche en especifico, en la de su muerte, incontables luceros brillantes, nunca antes vistos, aparecieron uno a uno.

Desde aquel día, y por todos los siguientes, las animas de los dioses difuntos ayudaron a iluminar la tierra después del crepúsculo. Sus compañeros; los pocos afortunados que, por una u otra razón, no habían aceptado la invitación, lloraron su perdida. Bendijeron a esos curiosos resplandores y les dieron el nombre de estrellas, en honor a su hermoso fulgor. Posteriormente, armados con determinación y valentía, rechazaron las huestes invasoras que pretendían hacer lo mismo con ellos. Al final lograron huir y ganar esa batalla, pero la lucha consumió casi todas sus fuerzas. Heridos y humillados, juraron que nunca se detendrían en su venganza. Ésa declaración, los condujo al destino de una guerra interminable.

Viendo éstas estrellas, siempre cautelosa de que nadie la siguiera, Talía caminó por la lobreguez del bosque, alejándose del paso subterráneo por el que había entrado. A unas pocas horas de caminata, encontró un precipicio y decidió sentarse en la orilla. Permaneció ahí unos momentos admirando y disfrutando del paisaje, preguntándose el porqué de esos hermosos centelleos. Luego de unos minutos, se percató de la presencia de un charco a unos metros de ella y, desconocedora del riesgo que significaba e inspirada por aquellos nuevos luceros, fabricó una pequeña figura de brilloso cristal a partir del agua acumulada. Pensando en su amigo, le figuró un rostro idéntico al de él, pues creía que sería un buen regalo a su regreso. Cuando terminó, contenta, se animó a regresar a su hogar bajo tierra.

Ésa insignificante acción bastó para que alguien cerca del bosque ubicara su presencia; al poco tiempo un gran grupo armado se organizó y acudió al lugar exacto del fenómeno. Usando sus habilidades para otear y rastrear, siguieron las huellas de Talía hasta la entrada del refugio. Rodearon la zona, y media docena de guerreros entraron a la álgida y opresiva gruta.

En el momento en el que Talía se encontraba divagando entre las calles subterráneas cercanas a la entrada, pensativa, alcanzó a escuchar unos ruidos sospechosos muy cercanos de donde se encontraba; parecidos al

de varios cuerpos arrastrándose por un frío túnel. Alarmada, corrió lo más rápido que pudo para advertir a Lebhen del peligro.

–¡Levántate! nos han descubierto –dijo Talía, casi susurrando–. Despacio, no nos tienen que escuchar.

–Pero que... –contestó él, muy sorprendido– ¿Cómo fue eso posible?

–Yo… salí al exterior.

Él le lanzó una mirada, no de incriminación o reproche, sino más bien de una mezcla de exculpa, aceptación y tristeza.

–¿Cómo salimos? Sólo hay una entrada –dijo Lebhen, ya un poco asustado.

–Descuida, no es la única salida. Cuando nos dedicamos a construir este lugar –dijo, señalando al rededor–, excavé una red de caminos que dan a diferentes puntos del exterior.

–Pero que precavida –comentó él, casi con una sonrisa irónica.

–Vamos, que todavía no saben que los hemos escuchado.

La intrincada ciudad subterránea no era para nada pequeña, pues contaba con una gran cantidad de avenidas, calles y callejones muy similares entre sí, entrelazados y entremezclados aparentemente al azar, formando una laberíntica urbe; de vez en cuando un puñado de ellas terminaba en alguna plaza o monumento. Cualquiera se habría perdido en aquel enredo rocoso, pero Talía y Lebhen habían puesto indicaciones, que únicamente ellos podían seguir, para guiarse. Ya sea una marca discreta, un símbolo disfrazado de ornamento o algún mensaje oculto en esta o aquella escultura o construcción. Talía se sabia todas y cada una de las señales que llevaban a uno de los muchos pasajes que desembocaban en la superficie.

En algún momento, moviéndose entre las sombras lo más rápido que podían pero sin llegar a correr por temor a que el eco los traicionara, llegaron a un domicilio gris de aspecto muy deteriorado.

–Por acá –señaló Talía.

Al irrumpir en ella, Lebhen notó que la vivienda lucia vieja y abandonada. Carecía de inmuebles u otros objetos, sólo había una pequeña ventana al lado de la entrada principal y, pasando por una amplia sala abandonada llena de escombros, dos puertas al fondo. El techo estaba parcialmente derrumbado; una viga, desgastada y doblada por la mitad, se asomaba y

amenazaba con caerse en cualquier momento.

–Que mala eres en esta labor Talía –dijo Lebhen, observando la habitación.

–Lo hice aposta. Me parecía que algunos barrios necesitaban urgentemente un cierto toque… –paró repentinamente, buscando una palabra apropiada–. Belicoso.

–¿Por qué no sólo aceptas que eres mala en algo? –la cuestionó, mofándose, mientras cruzaba la estancia hacia una de las puertas.

–La envidia te corroe amigo mío –le respondió ella, burlesca, siguiéndolo de cerca.

Entraron en una habitación igual de vacía que el resto de la casa. Procurando hacer el menor ruido posible, Talía empujó un enorme y vetusto armario. Cuando éste se apartó lo suficiente, Lebhen pudo apreciar un gran y lóbrego agujero en la pared.

–Es aquí, rápido –indicó ella.

Ingresaron en aquel oscuro pasaje. El hoyo era grande, pero no lo suficiente como para andar erguidos, por lo que se vieron en la necesidad de encorvarse un poco. Siguieron caminando, siempre ayudándose tocando la áspera pared de piedra. Había tan poca luz que tuvieron que avanzar con mucho cuidado y con los brazos estirados para evitar tropezar. Por cada metro que recorrían de aquel largo túnel, éste se iba estrechando e inclinando poco a poco hacia arriba, a tal punto que al final terminaron por casi tener que escalar lo que parecía una cuesta pronunciada. Después de quien sabe cuanto tiempo, salieron arrastrándose por una diminuta cueva que daba al exterior.

–¡¿Qué es eso?! –clamó Lebhen, muy sorprendido al mirar al cielo.

–¿Cómo quieres que lo sepa? Estaba igual de sorprendida que tú cuando las vi –le contestó–. Luego habrá ocasión para el asombro –dijo, y en seguida de una pausa, preguntó–: ¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

–No lo sé, simplemente huyamos. En cuanto más lejos estemos de este lugar, mejor.

–¡Escóndete! –exclamó ella, al percatarse de que un grupo de figuras se acercaban rápidamente.

Había enemigos por doquier. Marchaban con antorchas en mano en pequeños grupos de seis o siete individuos, separados entre sí por varios metros. Andaban de tal manera que se expandían por toda la espesura,

como si de un enorme pero organizado incendio forestal se tratase; la estrategia buscaban cercar varios sectores estratégicos con el fin de atraparlos entre la boscosidad.

Talía y Lebhen se movían lo más deprisa que el sigilo les permitía, escondiéndose lo mejor que podían. En una oportunidad, para dificultar ser apresados, a Talía se le ocurrió que tiñeran su piel del color del bosque, su compañero estuvo de acuerdo. De ésta manera, camuflados, avanzaron por el intrincado y confuso arbolado. Eludiendo, según ellos, eficazmente a sus captores.

Mas sin embargo estaban siendo engañados, pues los hostiles ya los habían detectado. Fingían no verlos para guiar sus pasos por el sendero que ellos deseaban. Así pues, sin que sus victimas se dieran cuenta, los fueron rodeando lentamente.

Como fue su destino desde un comienzo, ella y él terminaron acorralados en la misma orilla en la que, poco momento antes, Talía había fabricado, a partir de un simple charco, la figurilla de cristal por la cual los habían descubierto. No hizo falta comentario alguno, ni si quiera una sola palabra, para decirse entre ellos que la muerte, por fin, los estaba alcanzando. Únicamente sus miradas se cruzaron, recordando lo que habían vivido.

Antes de que se lo imaginaran, una gran multitud apareció de entre los matorrales. Portaban finas mascaras de lo que parecía un material muy pulcro y pulido, de color blanco marmóreo. Su demás vestimenta era negra como el azabache.

Al ver esas miradas vacías, a la mente de Lebhen le llegó un recuerdo. Miró hacia la profundidad del precipicio y murmuró:

–Saltemos.

–¿Qué? –la miró, sorprendida–. Pero allá abajo no hay nada, sólo un aislado prado estéril.

Con la vista del despeñadero a unos centímetros de sus ojos, Lebhen no pudo evitar evocar la imagen de su querida dama. Aquélla que, hace algún tiempo atrás, lo había traicionado. Sonriendo, él le contesto:

–Perdóneme si diverjo en su lucubre opinión, mi misteriosa acompañante, pero me gusta más la verdad cuando soy yo quien la descubre que cuando es otro quien me la muestra.

Aquel comentario, tan fuera de lugar, sólo sirvió para asustarla.

–Confía en mí –le dijo.

Pero fue justo en el momento en el que daban el paso de fe hacia lo desconocido, que el resplandor de un delgado estilete salvó la distancia que separaba los dos grupos.

Y cuando las tinieblas del abismo los engulló, el alma de uno de ellos ya había partido.

Capítulo 4

Si algún ser vivo hubiera existido en aquel entonces, habría sido testigo de lo que aconteció.

El cielo se encontraba despejado totalmente. En lo alto, un eclipse se hallaba casi al punto de su termino. El sol y la luna; como abrazados, como si de dos amantes se tratara; se lucían uno encima del otro, reticentes a separarse. Abajo sólo existía el viento, el polvo y un triste mundo llano, donde ninguna clase de animal, de planta o de ser humano había vertido todavía su primera exhalación. Desde el principio, y por muchos eones, así había sido, con la quietud y la soledad como exclusivos residentes, gobernados únicamente por los dos astros reyes, padres y señores del alba y del ocaso. Sin embargo por primera vez, desde que el vientre madre del caos había dado a luz a todo lo existente hasta ahora, ocurrió ese curioso fenómeno de interposición. Ya que por insólito que pareciera, ése día, que regia el sol como todos los demás, había sido interrumpido por su pequeño gemelo celeste, ocasionando que la noche se adelantara e impusiera por doquier su superioridad y su lóbrega manta; aunque tal rareza fue muy breve, pues a los pocos minutos el luminoso astro volvió a surgir de la negrura.

Fue aquí, cuando los dos luceros estaban por descubrirse totalmente, que de entre el firmamento surgieron, una a una, tres gigantescas bolas de fuego. Parecían originarse del mismo sol; se alcanzaba a apreciar como caían de éste velozmente, rasgando la bóveda celeste. En un minuto dado, el primero y el segundo se estrellaron fuertemente contra el suelo, originando descomunales lenguas de fuego que abrazaron hectáreas de superficie. El tercero también, aunque lo hizo en un lugar más alejado que el de los anteriores, despeñándose a un grado tal, que se enterró kilómetros bajo la roca, perdiéndose de vista y del conocimiento de los otros dos.

Cuando las brasas se extinguieron, de los dos cometas que cayeron primero, dos hermosos y magníficos cuerpos de forma humana se vislumbraron entre las cenizas. Estaban completamente desnudos. Uno se desplomó encima del otro, amortiguando así la caída del segundo. Después de un tiempo una de las figuras se levantó y comenzó a gimotear, a llorar por la muerte de su amiga, por el cruel hado que le había arrojado aquella desdicha, por su desmesurada incapacidad de no poder verter su furiosa venganza a los ejecutores de semejante brutalidad y salvajismo. En cierto instante incluso se imagino a sí mismo masacrando a los causantes de tantos óbitos, incontables ya, al lado de la luna.

El mito cuenta que así duró, propagando sus lagrimas poco menos que indefinidamente. Hasta que en cierto momento de ellas se formaron, al inicio, pequeños ríos y riachuelos; después, enormes mares y lagos

completos. Luego, cuando se tranquilizó, decidió lavar el cuerpo desnudo en el borde un arroyo, con el fin de enterrarlo posteriormente. Se maravilló al percatarse de que prontamente; de la sangre de ella, mezclada con las aguas; nacieron minúsculas y primitivas formas de vida. Él se llenó de gozo ante ello, pues vio en eso una diminuta parte de su querida compañera. Las bendijo y las ayudó a multiplicarse y diversificarse. Contempló, también, de que con el paso del tiempo abundantes especies de plantas comenzaron a crecer en las orillas de las aguas; dedicó jornadas enteras a su cuidado, auxiliándolas de la misma manera, a poblar el mundo entero.

Cuando culminó su trabajo, vislumbró la obra: De norte a sur, y de este a oeste, el globo terráqueo se encontraba ya habitado por muchísimas clases de árboles, arbustos, matorrales, helechos, manojos y setos. Y en las aguas la vida proliferaba en multitud de diferentes especies de animales, cada una singular a su propia forma. No obstante, tierra y aire se encontraban vacíos aún. Por consecuente, tomó varios puñados de lodo fértil y engendró de el diversos tipos de criaturas. A unas las dotó de alas para que pudieran surcar los cuatro vientos, a otras, les proporcionó patas, garras, manos o colas para que fueran capaces de caminar, correr, trotar, nadar, trepar o arrastrarse por suelo.

Para cualquier mortal todo lo anterior descrito seria perfecto, pero para él faltaba un gran detalle: por más que se esforzaba, no podía imitar las ideales formas de los seres que recordaba de su morada divina, ésos que habían convivido con él por muchísimos eones. Aquéllos no poseían defectos ni imperfecciones; tenían una belleza sin parangón alguno. Mas éstos eran, en comparación, casi un chiste, poco menos que una herejía. Parecían sólo las meras siluetas que se proyectan de los objetos reales cuando hay una fogata cercana.

Eso hizo que empezara a extrañar su hogar; comenzó a pasar noches enteras soñando con la luna. Por más que trató de tocarla, no podía. En un anochecer saltó lo más alto que pudo, mas sus piernas no eran tan largas; en otro intento se fabricó enormes alas para llegar hasta los cielos, sin embargo jamás lo consiguió; e inclusive levantó, de la hasta entonces llana superficie, numerosos cerros y montañas, cada una cada vez más grande que la anterior, con el fin de por lo menos alcanzar a rosar con sus dedos la extraordinaria ciudad en la que había vivido. Empero, nada tuvo éxito. Al parecer, todo indicaba que una vez que caías a ésta existencia quedabas atada a ella de por vida.

Tales acciones enternecieron el corazón de las estrellas. Conmovidas, un determinado numero de ellas osaron bajar de su descanso eterno al mundo mortal, rebosarte ahora de vida. Su peso no las ataba a la tierra como a él, pues ya estaban muertas, por lo que podían ir y venir libremente. Trataron de comunicarse, de decirle que no estaba solo, de darle a entender que estaban ahí al lado suyo. Él las podía sentir de cierta

manera, como siente a veces el hijo el alma de su recién difunto padre. En ocasiones inclusive creía verlas pulular en las cercanías, moviendo aquí y allá uno que otro guijarro o ramita. No obstante, no podía tocarlas ni hablar con ellas; tan cerca y tan lejos a la vez.

Éste sentimiento hizo trabajar su mente. En un momento de inspiración se le ocurrió regalarles a todas una sustancia sólida, algo que sus espíritus pudieran usar para relacionarse con este mundo físico; del légamo sobrante de cuando creó a las criaturas terrestres, moldeó, a su imagen y semejanza, un cuerpo de carne y hueso para cada una. Al final fueron siete grupos de siete, para cada sexo, los que terminaron postrados al rededor de su taller.

Las estrellas poseyeron esos cuerpos y, brevemente, fue bueno: Junto con él conversaron, gozaron, bailaron y cantaron. Se contaron chistes y se jugaron bromas.

Mas sin embargo algo terrible e inesperado paso, algo que él nunca se imaginó. Ésos cuerpos de barro y fango, no eran inmortales. Así como él no fue capaz de imitar el idealismo de las criaturas de su pasada morada celestial, así pasó de igual forma con éstos. Más pronto que temprano se dio cuenta de ello. Eran a su imagen y semejanza, sí, pero imperfectas: Necesitaban dormir, ya que su cuerpo se cansaba; tenían la necesidad de comer y beber, pues sentían hambre y sed; se herían con mucha facilidad, se enfermaban con cualquier cosa y el transcurrí del tiempo los marchitaba; pero lo más grave no fue eso, ya que acontecieron otros dos hechos verdaderamente atroces que realmente condenaron y mancillaron a estas pobres e ilusas estrellas.

El primero ocurrió a los pocos años. Él lo notó en el momento en el que ellos comenzaron a desconocerlo. Allí fue cuando se dio cuenta: De la misma manera en la que su carne era ahora mortal, así paso también con sus mentes. Olvidaron de donde venían y quienes eran; comenzaron a creer que éste había sido su hogar desde siempre. Ya no recordaban de cuándo antaño moraban en la luna, ni siquiera podían mencionar su antiguo nombre o el de los demás. Con el tiempo empezaron a morir de vejez. Sus desmemoriadas almas, al no recordar su antigua procedencia, regresaban para reencarnar a la tierra una y otra vez, en un interminable ciclo de muerte y nacimiento. Sin embargo, no había pecado; con o sin memoria, la verdad y la nobleza era algo inherente en los antiguos habitantes de la luna.

Con el tiempo, los humanos prosperaron y dieron a luz a varias generaciones posteriores; crearon, así, a otras estrellas con cuerpos mortales. Por la culpa, él se esmeró en protegerlos. Se dedicó a cuidarlos y a proporcionarles una vida perfecta y casi ideal. A pesar de que aprendían muy lentamente, les enseñó todos los conocimientos que habían olvidado: Desde la forma correcta de construir, cazar, cultivar y

arar; hasta cómo usar su imaginación para crear pinturas o esculturas. Los ayudó a convivir en paz con la naturaleza y les contó historias sobre como habían vivido juntos en la luna. Tenia la esperanza de que con todo esto; en algún momento, al segundo de expirar su frágil y corta vida; alguna alma recordara al final quien era en realidad y pudiera acender de nuevo con sus hermanos a la bóveda celeste. Muchísimo tiempo después, a esta gran era de ensueños cumplidos, se le conoció como "La Época Áurea".

Pero dejemos esto de lado momentáneamente y rebobinemos un poco, al instante anterior de la caída.

Estamos justo en el segundo en el que Talía y Lebhen se proponían a saltar. A su espalda se encontraba un grupo de enemigos, observándolos. Ella sostuvo la mano de él para darle confianza. Mas repentinamente, una daga se le clavó en su costado. Él la sostuvo antes de que cayera, se hincó y la posó en el suelo. Luego, volteó atrás suyo. Se dio cuenta de que tres enmascarados se dirigían hacia ellos, por lo que tomó un duro leño que estaba a su espalda, esperó un momento y, cuando uno llego a su lado, lo golpeó con el velozmente en la cabeza. Decidido, aprovechó esta oportunidad y lo empujó con fuerza hacia un costado del precipicio; éste terminó colgando de el, sostenido de una piedra con sus manos a unos pocos metros más abajo. Posteriormente, cargó en sus brazos a su compañera, respiró y brincó al abismo.

Algunos trataron de ayudar al asesino, intentaron alcanzarlo para volverlo a subir, mas fue en vano: En el momento en el que sus manos titubearon, se escuchó un crujido y la inestable roca en la que se sostenía se partió, ocasionando que se desplomara en caída libre.

Si la mascara no hubiera cubierto su rostro, él hubiera reconocido casi instantáneamente a su atacante, pues no era nadie más que su "Querida Dama", aquélla que hace ya algún tiempo le había cautivado el corazón. Todo parece como si, al reunirlos ahí, la casualidad hubiera elaborado un curioso juego perverso con ellos dos.

Ésta ya más que obvio aclarar entonces que Talía no la mató, simplemente la noqueó por la espalda, atizándole con ánimo usando una piedra. Le causó un posterior fuerte dolor de cráneo, mas no la muerte. Es así que, para el triste infortunio de las pobres estrellas que habían decidido poseer un cuerpo de barro, ella logró vivir lo suficiente para echar por la borda los planes de Lebhen para reagruparlos de nuevo en las alturas.

El duro golpe que recibió al desplomarse al mundo mortal ocasionó que durmiera, oculta, al fondo de la gruta que había creado su caída. Debido a que no la vio despeñarse; pues durante el descenso él había cerrado los ojos y, además, como ella se estrelló lejos de su vista; no estaba seguro

de que aquel dios enmascarado que lo había atacado antes de saltar se habría podido salvar o no, tal vez se aferró de una orilla del peñasco, pensó, pero por precaución, poco después de haber formado con su llanto los mares, se dedicó a tratar de hallar alguna especie de gran abertura en la tierra, algún hundimiento en el suelo que delatara que un dios había caído ahí. Sin embargo, nunca encontró nada. La causa más probable pudo haber sido que, encima de donde se formó el cráter que buscaba, nació un enorme océano salado fruto de sus propias lagrimas. Claro, por supuesto que él buscó también debajo de las aguas, pero su vista no era buena en la oscuridad y la profundidad de allí había formado una espesa penumbra, una penumbra que provocó que pasara por alto el nicho donde yacía la diosa caída.

Cierto día volvió en sí. Sorprendida, nadó hasta la superficie y, ya ahí, se maravilló por el mundo que la rodeó; esperaba encontrarse con sólo tierra y polvo, mas en su lugar se topó con una realidad repleta de curiosas creaturas. Se adentró en la selva y observó que algunas de éstas volaban, otras nadaban o andaban. Sin embargo, que lo que más le admiró fue el descubrimiento de los hombres mortales; tenían dos brazos y dos pies al igual suyo, caminaban erguidos además, aunque eran distintos, no supo describir al principio en que sentido, pero se notaba en seguida. Era como ver a los dioses por medio un vidrio defectuoso, o como presenciar su perfecto reflejo a través un opaco espejo cóncavo. Y esto no sólo con ellos, sino también con absolutamente todo lo demás; los animales y las plantas eran anormales en comparación con las que pululaban en las ciudades celestes.

–No me extraña que nadie nos haya seguido ¿Quién en su cordura quisiera bajar aquí a pasar la eternidad con tantas aberraciones? –se dijo.

Para evitar que su figura la delatara, se acercó al oscurecer a los limites de un pueblo pequeño y esperó a que alguien pasara solo por ahí. Terminó capturando a una joven pueblerina de abundantes pecas y rojiza cabellera que pretendía rellenar su jarra de agua del río. Le arrancó la lengua para evitar que gritara, la arrojó a un pozo y la mantuvo cautiva ahí sin alimento alguno hasta que el hambre se la llevó. Esto sirvió para aflojar su pellejo y poder curtir de ella más fácilmente una nueva piel con la cual encubrirse. Ya disfrazada, acudió a otra aldea y se hizo pasar por la mujer que había asesinado. Se dedicó a ir preguntando de casa en casa donde podía encontrar a un hermoso hombre que de sus manos pudiera fabricar grandiosos milagros.

–Te refieres a nuestro señor? –le preguntó un viejo anciano–. Nadie lo sabe, él se dedica a viajar por todo el mundo para aleccionarnos en sus saberes. Si lo que buscas es hablarle, lo encontraras más pronto si lo esperas en un sólo lugar, pues seguro que tarde o temprano visitará

nuestra villa.

Esta contestación no hizo más que avivar su interés. Fingiendo inocencia, lo cuestionó más sobre éste y otros aspectos. Quién era él, quién era ese hombre, de dónde venia, el porqué se molestaba en instruirnos…

–¡Pareces de otro mundo niña! ¿Cómo es que desconoces estas cosas? –le dijo sorprendido. Horrorizado por su ignorancia, le contó lo que había aprendido a lo largo de su vida. Le habló acerca de las dos ciudades celestes, de los temibles habitantes del sol, de cuando su señor cayó de los cielos y pobló a la tierra, de las estrellas que alguna vez fueron y de cómo alguna vez ellos mismos caminaron por la luna. Todo esto representó una gran ayuda para ella; le dio las gracias al viejo y se fue.

Gastó cada una de las jornadas que duró esperando al escultor en idear la mejor manera de vengarse.

–Dado que no puedo irme de aquí, es más divertido si en lugar de matarlo lo hago sufrir –pensó, sonriente.

Comenzó por dándoles a conocer la lascivia y el pecado; prosiguió con inocularles enfermedades y dolores. Hacerlos sufrir de todas las maneras posibles se convirtió en su principal fuente de entretenimiento. La gente empezó a codiciar, a robar, a mentir e, inclusive; a asesinar. Ella se aseguró de ello susurrando a los oídos de los más susceptibles, incitando al vicio, creando conflictos y guerras aquí o allá, dando el empujón necesario al violador o al homicida. Asimismo, les modificó su lengua y su cultura para que no pudieran entenderse entre sí. Por ultimo, para impedir que alguna alma recordara y ascendiera al cielo, les hizo creer que Lebhen no era justo; envenenó con duda la fe que éstos tenían en las enseñanzas de su maestro y les mintió diciéndoles que nada era verdad.

Pero los pobres dioses de barro en el fondo nunca olvidaron del todo su antigua morada, por lo que con frecuencia miraban hacia arriba buscando consuelo. Sus hermanos de las alturas, afligidos por el desafortunado destino de sus compañeros, les mostraron mensajes en la bóveda celeste: Les indicaban constantemente el norte y cuando vendría el invierno o la primavera. Así, las personas aprendieron a predecir con su ayuda los ciclos naturales de la vida en la tierra.

En ocasiones las estrellas veían algún suceso precario que estaba por ocurrir, por lo que advertían a los mortales moviéndose a lo largo el cielo, creando cometas. Los de abajo estudiaron y catalogaron sus movimientos. Un cometa podía predecir alguna epidemia, la muerte de un monarca, hambruna, guerra o cualquier otra calamidad. Por no hablar de los eclipses, que auguraban algo mucho peor. Un eclipse significaba que las dos ciudades celestes volvían a encontrarse nuevamente; podría significar el fin del mundo mortal si alguno de los dos bandos lograba vencer al

otro.

Y si se lo están preguntado, sí, Lebhen se topó tarde o temprano con su querida dama. Con los años se ha perdido el dato exacto, pero el mito dice que se encontraron durante la batalla de dos ejércitos. El relato popular cuenta que ella fue la que lo vio a él primero, a lo lejos. No buscó su muerte, al fin y al cabo era el único igual a ella en aquel lugar. Además, su venganza todavía no había terminado.

Varios ancianos afirman que fue ahí cuando ella se quitó por fin la piel que usaba para caminar entre los humanos, se dice que ella la rasgó como si de un fino papel se tratase. Narran cómo, empleando una cuchilla, tomó un pellejo de esta piel y escribió en ella un mensaje para el escultor, que posteriormente entregó a él através del viento. Ninguna persona sabe con certeza que decía, pero algunos aseveran que, en letras sanguinolentas, se alcanzaba a vislumbrar una pequeña nota sarcástica:

“Espero ser, para siempre, tu querida dama.”